



## El ocaso del espacio ciudadano El Barrio Cívico de Santiago

Alfonso Raposo Moyano\*  
araposo@ucentral.cl

### Introducción

El espíritu modernizador no se lleva bien con el sentimiento nostálgico y por ello procura anularlo. Pero cuando lo hace a costa de la memoria se empobrece el conjunto de lo social. Se lo priva de la experiencia social y de la conciencia histórica. Lo que se obtiene es una sociedad sin nostalgia, pero también sin historicidad. La vida social queda así competentemente sumergida en la inmediatez de un presente sin otro relieve que una cotidianeidad, en la que los acontecimientos se tornan clandestinos. La posibilidad del cambio queda así encubierta, tras los mantos de intrascendencia desplegados por los medios de comunicación que se disponen al servicio del consumo.

Aún al precio de cierta nostalgia intentaremos poner aquí algo de distancia del presente. Retomaremos por tanto el tópico del “ubi sunt”, para preguntar por los paisajes vacíos o ausentes: *¿do están agora aquellos claros ojos que llevaban tras sí como colgada mi alma doquier que ellos se volvían?* Con el perdón de Francisco de Quevedo, hacemos una torsión de sus palabras anhelando la posibilidad de que esos “claros ojos” se refieran a la “claridad” de la mirada. Preguntamos entonces como lo hizo en sus coplas Jorge Manrique *¿Qué se “fizo” el Barrio Cívico?*

Preguntamos a sabiendas que *“La fundación de un espacio trascendente es ingénita a la naturaleza humana, si no fuese así, no cabría hablar de una zona vacía, ya que esta lo es, sólo porque ha sido desprovista de aquello que la colmaba, y está allí, abierta a constituirse en espacio plétorico”*.

### 1. Simbolismo republicano

El poder político siempre buscó ser secundado por el poder de la “Arquitectura”. La presencia de las obras de arquitectura constituyen los elementos esenciales del relato que comunica el paisaje de la ciudad. La política, en cuanto praxis del arte de vivir juntos, a cualquier escala socio-territorial, siempre ha necesitado establecer denotativa y connotativamente su presencia en el espacio de lugares urbanos.

La idea de un lugar “Cívico” en el territorio de la capitalidad santiaguina debe haber surgido desde los primeros pasos de la autonomía republicana. Desde que en 1845 se estableció la sede de gobierno en el Palacio de la Moneda, el entorno urbano de este cuerpo edilicio fue permanentemente objeto de ideas de intervención urbanística solemnizadoras. La voluntad política de realizarlas y las primeras ideas de configuración comienzan a tomar forma luego del primer Centenario de la Independencia

Nacional y se intensifican luego del término de la denominada “republica oligárquica”, a fines de la década de los 20 del siglo pasado. Han de transcurrir 17 años hasta que en 1937 las acciones de emprendimiento se formalicen y desplieguen.

La vida republicana debe enfrentar por entonces una prolongada fase de inestabilidad política en cuyo seno se gesta una alianza policlasista, originadora de un amplio bloque de izquierdas que finalmente se organizan en el denominado Frente Popular. Creemos ver en las operaciones urbanísticas que conformaron el Barrio Cívico, la ratificación en el espacio de la pretensión fundante de una integración política de alcance societal, la expresión simbólica urbana del gran proyecto país, cuyos primeros pasos irrogan la puesta en marcha del proceso de modernización política de la nación. El Barrio Cívico sería, en el plano de la estetización de la política y la estructuración del simbolismo del poder, el correlato expresivo del desarrollo capitalista, en su fase de capitalismo de Estado, que se encarna en el gran proyecto nacionalista de modernización industrializadora de la economía del país.

Para no incurrir en desmesuras cabe señalar que nuestro Barrio Cívico, en tanto concepción de operaciones arquitectónicas, urbanísticas y de paisaje, no tiene punto de comparación con las concepciones brasileñas de capitalidad política como las emprendidas en Brasilia. Las cordilleras andinas y costeñas que marcan nuestro territorio marcan también territorialidades locales en que no hay cabida para el desarrollo de autoconceptos de escala y horizonte continentales.

Lo que se pretende mostrar aquí es un muy breve ensayo de lectura hermenéutica de procesos de construcción de violencia simbólica. El caso de estudio es el simbolismo presentativo que se configura en

el Barrio Cívico de Santiago de Chile, como expresión de un orden civil que se constituye durante el transcurso de los últimos cien años. En términos conceptuales, nos valdremos de la concepción de Harry Pross sobre la estructura simbólica del poder<sup>1</sup>.

¿Cómo la sociedad chilena, representada por el Estado productor y forjador del nacionalismo desarrollista, da expresión simbólica a sus convicciones de país organizado con una economía mixta, en busca del desarrollo de una democracia política y social? Por lo pronto, hay que marcar la centralidad del Estado. El asunto central es el Palacio de la Moneda, sede del Estado Nacional, centro de la civilidad y ciudadanía, lugar del poder político. El sentido de toda la operación es transformar el edificio de la Moneda en un acontecimiento: la representación espacial capitalina de la voluntad política constituyente del gran proyecto nacionalista.

Se requiere por tanto constituir un campo simbólico del nuevo orden. Es necesario establecer los signos irredargüibles de un relato legitimador, denotativo del respeto, como reconocimiento y valoración, por la ética y el quehacer de las nuevas instituciones de la modernización capitalista. El eje de simetría del Palacio de la Moneda se constituye literalmente en la representación simbólica de este nuevo orden. Es esta simetría el principio ordenador del Barrio Cívico, en el eje vectorial figurativo de la capitalidad política.

Se requiere la puesta en escena de un gran salón urbano circundado por edificaciones de expresividad severa e inamovible: masa y peso pétreos. Algo de recóndito clasicismo: basamento, muro, coronamiento. Algo de atemporalidad. Una modernidad prescindente de historicismos figurativos. Absoluta exclusión de autoctonías en la nueva cultura ciudadana en construcción.



Es totalización política y racionalidad sistémica del conjunto de la sociedad lo que voluntaristamente se busca alcanzar. Por tanto: geometría elemental, disciplina ortogonal. Contención del conjunto morfológico ceñida a su propósito signico. Horizontalidad y verticalidad controladas para el total. Exclusión de protagonismos particularistas. Fenestración hermética con régimen de damero. Revestimientos de textura áspera. Despojados de cromatismos e impregnados de grisura perlina. Hay que dejar manifiesta la instauración de una nueva autoridad cimentada en la cultura cívica de la ciudadanía. Reglas claras y delimitación tajante. Nada de transiciones entre dominio público y privado, entre el adentro y el afuera. Zócalos cerrados y altos, de escala monumental, excluyentes de toda transparencia hacia la actividad peatonal en las aceras. Nada de diálogos con el cotidiano pueblerino. Eso ocurre, si ocurre, tan sólo en momentos de excepción. Estado y sociedad han de relacionarse de acuerdo a códigos formales de civilidad. Se trata de la integración nacional pero también de jerarquía y disciplina social.

En suma, se trata de edificaciones que no nacieron para representarse a sí mismas como obras de autor, sino para constituir un espacio público de solemnidad litúrgica. No hay protagonismos arquitecturales. La misión edificatoria fue configurar la Caja Cívica, un paisaje de espacio recintual urbano, un encuadre de pares simétricos edilicios en que se sitúa el edificio icono, el asiento del que preside. Es, arquetípicamente, una caja que establece un “*espacio cerrado, silencioso, simétrico y sagrado*”. Hay un interior, homogéneo, permanente, solemne, ritual; distinto del espacio exterior heterogéneo, cambiante, “*abierto, caótico ruidoso, profano*”. Al entrar se percibe la gravitación de los edificios, “*el ambiente sereno de un orden*” y “*el tiempo disecado conservado mágicamente*”. Hay, en su

*interior, “un espacio y un tiempo sujetos a la simetría, al equilibrio, al orden”.*

Pero no se trataba de mantener enclaustrado el Palacio de la Moneda en una caja hermética. Hay de norte a sur, una sucesión de unidades de sentido que ofrecen creciente apertura. Una primera es el espacio que precede, la plaza atrio de encuentro y de acceso litúrgico a La Moneda (Plaza de La Constitución). Luego de la fachada sur en que La Moneda se viste de tres pisos para ser vista desde más lejos, hay que reconocer una segunda y tercera unidad de sentido. Está desde luego el necesario ante-patio de mediación (hoy Plaza de la Ciudadanía) que separa la dignidad de La Moneda del tránsito de La Alameda y le otorga perspectiva desde ella.

El cruce de la Caja Cívica con la Alameda (Avenida Libertador General Bernardo O’Higgins) constituye otra unidad de sentido esencial. El eje de simetría norte-sur completa su encardinamiento con el eje oriente-poniente de la Alameda. Se constituye así simbólicamente el “*cardus*” y “*decumanus*” de la República. La presencia de la Moneda, dispuesta en su Caja Cívica exige que la morfología de esta caja edilicia circunde una explanada al sur de la Alameda. A partir de esta explanada, la Caja Cívica abre puerta monumental hacia el sur. Por ella se proyecta el eje de simetría que desde la sede del poder político avanza su dominio hacia la gran extensión austral del espacio territorial capitalino y nacional. Tal es la unidad de sentido y la misión simbólica del Paseo Bulnes. Hay que expresar la centralidad y primacía de ese poder pero hay también que dar expresión de su hegemonía respecto del territorio y los otros órdenes institucionales de la sociedad.

Autoridad y austeridad. Este es el ropaje semántico con que la República quiso vestirse a partir de la década de los 30. La presencia del Estado en el espacio capitalino

como un hecho de certeza irrefutable, de plexo duro, a prueba del transcurso del tiempo, residiendo en cierta atemporalidad.

Conviene advertir que este ropaje semántico fue concebido con una estética más austera que la que vemos constituida hoy en día en el espacio abierto. La rubia y provocativa Plaza de la Constitución que vemos hoy sustituyó la grisura de la parca corporeidad de una plaza anterior morfológicamente consonante y obediente a la racionalidad ortogonal del conjunto de la Caja Cívica. Esta estética imponía reglas severas que hacían inadmisibles las diagonales y piezas ornamentales. Respecto del Paseo Bulnes debemos advertir algo similar. La construcción originaria lo que constituyó e implantó allí fue una vía vehicular, una avenida con aceras y calzada concebidas en el marco de un paisaje que no hacía ninguna concesión a la presencia de ornamentos. El paseo peatonal que vemos hoy no es coetáneo de la edificación del paseo Bulnes. Su actual configuración y geometría de pavimentos jardineras, fuentes, faroles, arborización y asientos, es la implantación de un ambiguo paisaje basado en estereotipos ajenos a la raigambre y genealogía de la estética de las edificaciones del Barrio Cívico.

## 2. Simbolismos refundacionales

Pasaron décadas. La crisis económica y social del país se precipitó. El frágil orden político republicano fue suprimido por las fuerzas triunfantes de la contrarrevolución neoliberal impulsada por el gran empresariado en la década de los 70. El escenario urbano de la centralidad de la República entró entonces en receso.

Recapitemos desde una perspectiva simbólica, algunos de los procesos conocidos. Primero, la larga operación lingüística de construcción semántica del lado oscuro en que se dispone y sitúa al enemigo declarado, seguido de las



órdenes y acciones emprendidas para su aniquilamiento militar. Simultáneamente procede la destrucción sistemática de sus símbolos políticos.

El 11 de septiembre de 1973 el corazón simbólico del Barrio Cívico, el Palacio de la Moneda, fue destruido. Es un acto total de violencia simbólica. Había que refundar la Nación. No se trataba sólo de recuperar el rumbo perdido. Luego de la primera patria o'higiniana, es toda la trayectoria política republicana chilena la que debe ser expurgada. Se necesitaba un estado de excepción profundo y prolongado para reconstituir la integridad del ser de la nación. No se omitirá el terrorismo de Estado para encontrar e instalar aquel "ser".

Las fuerzas contrarrevolucionarias triunfantes hubieron, así, de constituir sus propios simbolismos. Había que posicionar en el cuadro urbano la centralidad simbólica del nuevo orden modernizador. Modernizar ha de ser, por lo pronto, una tarea de acción rectificadora de la vida nacional. ¿Cómo constituir la presencia simbólica de esta misión? No se trata sólo de dotar de nuevos signos al sistema de coordenadas de la vida social, sino de modificar su entramado cognitivo. La operación lingüística ha de ser drástica.

¿Cuán drástica? Comparemos con un par de casos en América Latina. En República Dominicana, el gobierno dictatorial de Rafael Leonidas Trujillo Molina consideró necesario marcar la nueva capitalidad política cambiando el nombre de la ciudad capital. El 11 de Enero de 1936 la ciudad de Santo Domingo pasó a llamarse Ciudad Trujillo, nombre que se mantuvo hasta 1961. Durante ese período la ciudad experimentó una virtual reforma modernizadora del paisaje urbano.

Otro caso más comedido es el intento realizado en Bogotá, Colombia, durante la dictadura del General Gustavo Rojas

Pinilla (1953-1957) de marcar una reforma del aparato político administrativo gubernamental, con la creación de un complejo de edificación institucional denominado "Centro Administrativo Nacional CAN". Alberto Saldarriosa Roa nos dice al respecto:

*"La gran tradición de la arquitectura de cualquier país se encuentra usualmente representada en sus edificios públicos, en los cuales se alojan las instituciones del Estado. El academismo del período republicano colombiano dejó notables ejemplos de esta arquitectura. La arquitectura moderna trajo nuevos conceptos, especialmente el del "centro administrativo", del cual se han construido ejemplos en diversas ciudades. No es este el renglón más afortunado en la práctica contemporánea. Sus edificios representan, sin embargo, la imagen del estado moderno en Colombia".*

*El proyecto del "Centro Administrativo Nacional" presentado por la firma norteamericana Skidmore Owings & Merrill, en 1955, por encargo del gobierno dictatorial de Rojas Pinilla, dio la pauta en la inducción de esta nueva forma de pensar la concentración de actividades gubernamentales, en un recinto planificado. Obra inconclusa, que después se adaptó por distintos arquitectos a diversos fines, sólo fue imitada posteriormente con el Centro Administrativo Distrital (Cuellar Serrano Gómez, 1970), el cual representa todavía el único caso existente de esta modalidad<sup>2</sup>."*

En el caso del gobierno dictatorial chileno, su accionar si bien no se encuentra muy distante de las lógicas básicas de estas formas de estructuración del poder, difiere en su estrategia de modernización política. Hay básicamente una acción contrarrevolucionaria animada por una actitud conservadora, que junto con aniquilar al "enemigo interior", denuncia sus signos como foráneos y perversos. Se trata desarrollar un nuevo orden que junto con

rescatar y proteger el alma originaria de la nación, reconozca la axiología esencial del orden anterior y la proyecte hacia un fortalecimiento y desarrollo futuro.

No se trata de borrar el aparato material simbólico del pasado sino de rescatarlo y reapropiárselo. Así, el lugar y el aparato material de la escena han de ser los mismos. Pero han de ser arrancadas de raíz las construcciones de sentido "ajenas" para disponer allí otras "rectificadoras". Era necesario arrancar la bandera de la cultura popular que aún flameaba en manos de la figura de Gabriela Mistral. La expresión simbólica del nuevo rumbo contrarrevolucionario precisa radicar allí, bajo la bandera autoritaria de Diego Portales, la sede de la dictadura militar.

Entre tanto, el Barrio Cívico debe ser "re-semantizado". La ciudadanía, suspendida de sus derechos ciudadanos por el estado de excepción, ha de reaprender a reencontrarse con sus valores patrios. El 11 de septiembre de 1975 se inaugura el Altar de la Patria: una plaza plataforma elevada de expresión pétrea, bajo la cual se construye una cripta subterránea. A ella se traen, desde el Cementerio General, el sarcófago de mármol con los restos mortales del padre fundador Director General Bernardo O'Higgins. Sobre la plataforma y en el eje del Barrio Cívico se coloca la estatua ecuestre del O'Higgins y se instala el dispositivo donde habrá de flamear la inextinguible luz de la llama eterna de la Libertad.

Reestructurado el orden socio-político; rescatada la Nación de la oscuridad del mal, era ya simbólicamente necesario proclamar la luz del nuevo amanecer. La reconstrucción del Palacio de la Moneda es el símbolo del advenimiento de la nueva república redimida y transfigurada. El 11 de Marzo de 1981 se inaugura el reconstruido Palacio de la Moneda. Allí puede situarse ya la Capitanía General, la figura presidencial estatuida con



la promulgación de la Constitución de 1980.

En 1983 la Plaza de la Constitución es remodelada de acuerdo al proyecto de los arquitectos Undurraga y Devés. El Barrio Cívico sale así de su receso, pero queda circunscrito a la denominada "Caja Cívica", quedando ésta virtualmente desprendida del Paseo Bulnes. El Altar de la Patria, con su alta explanada, le da la espalda, lo resta de las operaciones de perspectiva del conjunto y lo vacía de su posible rol conector con un remate sur. Se trataba del eje de simetría del total del complejo, con el Palacio de la Moneda en su cabezal Norte y de la avisorada posición del Congreso Nacional como remate del cabezal sur. Con la reapertura del parlamento en 1990 en su nueva sede de Valparaíso, el Paseo Bulnes perdía simbólicamente mucho de sus promesas de sentido.

El lento proceso de reintegración democrática de la sociedad, hasta hoy en vacilante desarrollo, ha tenido que ir desplegando su propio juego simbólico. Se trata básicamente de anunciar el restablecimiento del sentido de la historia republicana y de los valores de la civilidad. Hay entonces que restaurar sus signos y re-potenciarlos. Se trata de retirar la simbología militar del espacio cívico militarizado. Hay que desmilitarizar los símbolos de la patria. Hay que restablecer los signos civiles que las apropiaciones simbólicas de las instituciones armadas borraron.

El tradicional paso peatonal a través de los patios del Palacio de la Moneda se restablece. La clausurada puerta de Morandé 80 se reabre. En el marco del proyecto Plaza de la Ciudadanía se crea un nuevo referente emblemático de la vitalidad civil: el "Centro Cultural Palacio de la Moneda". Su tarea es fortalecer simbólicamente la centralidad cívica vía la cultura. La política misma parece no estar disponible para el pueblo.

Paralelamente, conforme a un nuevo proyecto de Undurraga y Devés, se remodela toda la sección sur de la Caja Cívica. Se suprime el Altar de la Patria. La llama eterna de la libertad es retirada. La estatua ecuestre del Libertador Bernardo O'Higgins es desplaza del eje de simetría del Barrio Cívico. Con ello y el rebaje de la explanada se rehabilita la función perspectivizadora del Paseo Bulnes. Sin embargo, su cuerpo edilicio continuará inconcluso y la proyección de su cauce hacia el sur quedará desprovista de cabezal, sin un remate en su indefinido encuentro con el Parque Almagro.

La idea de un edificio de alta importancia institucional como remate sur de la Avenida Bulnes parece haber estado latente desde los comienzos del proyecto del Barrio Cívico. La idea proviene del urbanista Karl Brünner (1929). Así lo reconoce dentro de sus considerandos el decreto de 2008 de MINEDUC, Subsecretaría de Educación, en el cual se declara zona típica o pintoresca el sector denominado "barrio cívico - eje Bulnes - parque Almagro", de la comuna y provincia de Santiago. Una afirmación más específica en este respecto, la encontramos en el texto de M. Isabel Pavés R. y Antonio Sahady V.: "Entre las curiosidades de este megaproyecto, estaba la relocalización del Congreso Nacional: se proponía (ubicarlo) al extremo sur del Eje Avenida Bulnes, generando así, una tensión con La Moneda, nuestro Palacio de Gobierno<sup>3</sup>."

La discrepancia entre acciones de continuidad y de interrupción del Proyecto Barrio Cívico es sensiblemente percibida por Alberto Gurovich. Nos advierte, en sintética reseña, del "sentido histórico mismo de la interposición - consciente y deliberada- sobre su dinámica" y luego añade:

*"Solamente así podría explicarse la dirección de la fase donde suceden: el bombardeo de la Moneda (1973), el cierre del espacio central que justifica el proyecto, por medio de*

*una instalación sacralizada por el altar de la patria, la cripta de los héroes, el monumento al Libertador Bernardo O' Higgins y el estacionamiento subterráneo del Ministerio de Defensa Nacional con salida a la Avenida Bulnes (1978) y para culminar la anulación del proyecto, la entrega de los predios al final de la perspectiva hacia el sur de la Avenida monumental que estructura el diseño de la Universidad Central - una empresa privada de educación superior, después de una larga tarea (histórica) de composición de edificios que pudieran dialogar, en la dimensión del paisaje urbano con el Palacio de la Moneda (1985)"*

¿Qué ocurre hoy con el "Barrio Cívico"? Allí está. Conserva su ropaje semántico edilicio pero ya no está la apostura del cuerpo social que lo validaba. Por lo demás, la vida republicana que lo gestó nunca llegó a completarlo. El significado colectivo que alguna vez el Barrio Cívico tuvo ha quedado así preterido. La demolición del proyecto de reordenamiento socialista modernizador irrogó también la disolución de su régimen de significación republicana, lo que se refleja en la inconclusión de su corporeidad simbólica. El Barrio Cívico, en cuanto subestructura simbólica presentativa, formó parte del escenario urbano en que se desplegaba el gran relato político de una sociedad en marcha hacia el progreso modernizador. Todo el pueblo estaba invitado a participar de la ciudadanía, en un sueño compartido de igualitarismo. Era un requerimiento abierto para sumarse a la tarea de construir las articulaciones de voluntad política para alcanzarlo. Tal invitación fue vaciándose de sentido. Frente a la naturalización política de las desigualdades sociales, y el virtual "apartheid" del pueblo. El ideal igualitarista "agoniza, en el sentido unamuniano del término: lucha por perseverar en su ser".

Como lo ha señalado H. Pross: *"El desgaste de un antiguo orden se anuncia en el desgaste de sus símbolos. Por lo que*



se refiere a la dominación, su ocaso es el ocaso de sus símbolos: la orden, que obliga a la obediencia se vacía. No trasmite ya nada.”

El espacio cívico capitalino es hoy un espacio desgastado y vaciado de aquellos pensamientos y voluntades políticas que lo generaron. Su estructura simbólica se encuentra devaluada y su consistencia mnémica residual se está disipando rápidamente. Comunica ya muy poco. La política, en tanto praxis societal ha perdido crecientemente su centralidad. La denominada transición democrática, no significó el retorno de la clase política a la función societaria. “A la sombra del orden que se apaga se inicia un verdadero éxodo en pos de horizontes más fructíferos”. El sentido y la voluntad de progreso no es ya algo que se geste como articulación ciudadana expresada en el espacio cívico. Es hoy una tarea que reside en el protagonismo de la relación entre economía y negocios cuya vida cotidiana tiene sede en otros territorios edilicios de la ciudad. En Sanhattan y otras cotas de la topografía socio-territorial.

No se trata ya de integrar voluntades ciudadanas tras el gran proyecto nacionalista de desarrollo de la cultura industrializadora. Se trata crecientemente del desarrollo del capitalismo monopólico afincado en la competitividad de los mercados liberados de toda ingerencia política. Se trata de la performatividad de los negocios posicionados. Tal posición se obtiene del acceso a las claves decisorias de los agentes públicos del Estado, al manejo de las estructuras de comunicación, a la articulación de la influencia social y a las redes de información privilegiada. Es este capital de influencias ejercido a través de las estructuras de dominación la condición esencial coadyuvante del despliegue del capital económico. Son estas las nuevas centralidades que buscan ser arquitectónicamente simbolizadas en los nuevos territorios corporativos.

Correlativamente con la privatización de la economía, asistimos a la despoltización de la ciudadanía y en consecuencia el simbolismo arquitectónico del espacio político urbano ha quedado cesante. Así parece reconocerlo el programa Bicentenario del Gobierno de Chile. El “Paseo Bulnes” quedó librado a su suerte. No prosperó ningún proyecto para completarlo y hacerse cargo de recuperar la unidad de sentido del Barrio Cívico de su creciente degradación. A medida que avanza hacia el sur, el Paseo Bulnes muestra sus ominosos baldíos y se acrecienta la sensación de tierra de nadie. Como lo perciben los vagantes de la calle que han territorializado el lugar para vivir solemnemente los olores de su pobreza: “came y piedra”.

A su alrededor la actividad especulativa inmobiliaria se ha alzado irreverente cercando con altas torres habitacionales el espacio de la ciudadanía. El Congreso Nacional se quedó en Valparaíso. El proyecto Barrio Cívico regreso a sus fases edilicias iniciales: no más que la Caja Cívica, el entorno del Palacio de la Moneda. No más que un Centro Cultural. La gran dimensión de diseño cívico y arte urbano del proyecto fue abortada. Creemos ver en ello un síntoma más de lo que nos señala Alain Musset:

*“Es así como la muerte anunciada de los espacios públicos, en ciudades que ya no son el crisol de una identidad compartida sino un laboratorio donde se experimentan nuevos conflictos sociales o étnicos, explican porqué el encerramiento de las comunidades puede ser presentado como una solución justa y equilibrada. Puesto que las distintas categorías de ciudadanos no pueden o no quieren compartir los mismos territorios, los espacios tradicionales de encuentro pierden todo sentido y se va desmoronando el sistema democrático que la ciudad pretende representar”<sup>6</sup>.*

Santiago ya no lo pretende. Le pertenece al mercado en cuerpo y alma. Llegará el día en que el desarrollo “tecno-político” de la actividad gubernamental requiera de nuevas formas de ocupación territorial y constitución arquitectónica y el conjunto del Barrio Cívico arribe a su tiempo de caducidad funcional. Entonces haremos un “Centro Administrativo Nacional” en otra parte. ¿Y el ruinoso Barrio Cívico? Posiblemente, el mercado volverá a prestar atención a este vetusto megaproyecto urbanístico. La cultura la considerará como base de nuevas formas rentables de su accionar. Se constituirá entonces en un espacio turístico y museificado, una suerte de parque temático pintoresco, en que se recordará los tiempos de las otras historicidades políticas que alguna vez marcaron la vida social.

¿Que más está pasado hoy? Si el Barrio Cívico “ha sido desprovisto de aquello que lo colmaba”, también sigue allí “dispuesto a constituirse en espacio pletórico”. Así ha ocurrido, en especial con el Paseo Bulnes. Su condición esencial de constituir un adentro con orden interior distinto del afuera donde reina la heterogeneidad, persiste. Pero esta persistencia se ha constituido en un fenómeno inusitado. Se ha transformado en un longitudinal oasis de coexistencia social, digna y tranquila. Un ambiente radicalmente distinto de la congestionada y caótica atmósfera del Paseo Ahumada.

*“Cambia, todo cambia”.* Los ramajes y follajes arbóreos han adquirido creciente protagonismo y con ello ha irrumpido el juego de las luminosidades y las sobras en la atmósfera del cauce peatonal, incidiendo

en la conformación de permanencias y flujos. Junto al comercio formal, se han instalado en él tranquilos espacios cotidianos de comercio callejero, transitorias ferias artesanales e instalaciones promocionales, espacios para fumar utilizado por los no disuadidos del placer de fumar que escapan de los edificios de oficinas radicados allí. Han proliferado cafeterías y locales con ofertas de colación. Las familias residentes en el sector llevan sus niños de paseo al caer la tarde. Los estudiantes han marcado la presencia de sus permanencias y trayectorias hacia los establecimientos educacionales del sector. No faltan escolares adolescentes enamorados, próximos a la presencia de adultos mayores sumergidos en sus recuerdos y al deambular de grupúsculos de tribus urbanas desterritorializadas. También están los somnolientos o dormidos vagantes urbanos y otras formas de permanencias y flujos que se han avecindado cerca de las fuentes y que disfrutaban también del pacífico frescor de sus aguas tranquilas o sus bullentes aguas verticales. Pasar por el Paseo Bulnes es como ingresar en otro tiempo, en el que extrañamente rigen aún los relictos de una olvidada amabilidad social.

#### Notas:

\*El autor es arquitecto y profesor de la Escuela de Arquitectura FAUP- U. Central.

1. Harryt Pross, *Estructura simbólica del poder. Teoría y práctica de la comunicación pública*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1980. “Violencia simbólica es la denominación de la fuerza para dar vigencia o validez o aceptación de sentido, sobre otras personas, por medio de signos (es decir simbolizar), con el resultado de que los destinatarios se identifiquen con el sentido de lo que se afirma” pag. 143.
2. Alberto Saldarriosa Roa, *Bogotá, Modernización y Arquitectura*. Ver en: <http://www.rafaellopezrangel.com/>
3. M. Isabel Pavez y Antonio Sahady, “El edificio de la ex – Caja de Crédito Agrario,” en *Revista de Urbanismo* N° 9, Marzo de 2004. Revista electrónica del Departamento de Urbanismo de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile.
4. Alberto Gurovich Weisman, “La solitaria estrella: en torno a la realización del Barrio Cívico de Santiago de Chile 1846-1946,” en *Revista de Urbanismo* N°7, Enero de 2003. Revista electrónica del Departamento de Urbanismo de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile.
5. Alain Musset “Entre el Delta City (Robocop) y Celebration (Disney): Espacios públicos, ciudades privadas y ciudadanía,” en “Transformaciones del Espacio Público,” ponencias de la cátedra Chile-Francia “Michel Foucault” en Ciencias Sociales, Artes y Comunicaciones, Universidad de Chile. Embajada de Francia en Chile, Santiago, 2008.